



NUEVOS ENFOQUES SOBRE LA SALUD

TRASTORNOS PSICOLÓGICOS DE LA INFANCIA EN TIEMPOS DE GUERRA

Introducimos una nueva sección que tiene como intención la de aportar nuevos enfoques de Salud desde la perspectiva de otros profesionales (Sociólogos, psicólogos, pedagogos) y desde otros puntos de vista. La tan traída idea del equipo multiprofesional que nunca llega a materializarse, hace que con frecuencia olvidemos el saber y la experiencia de profesionales que tienen mucho que aportar en lo referente a temas de Salud. Asimismo, es posible que la efectividad de nuestro abordaje en determinados campos, no se corresponda con la eficacia teórica supuesta, y esto tiene que ver con la falta de aprendizaje en temas tales como educación para la salud técnica grupales, técnicas de comunicación, modificación de conducta, adquisición de nuevos hábitos, etc., etc. En el siguiente texto, el Dr. Florentino Moreno Martín, psicólogo, analiza el impacto de la guerra en los niños.

Siempre resulta complejo resumir en unos cuantos folios los efectos psicopatológicos de cualquier fenómeno social. En el caso de la guerra la complejidad aumenta al tratarse de un hecho mayoritariamente rechazado. Minimizar sus efectos traumáticos podría interpretarse como una suerte de justificación. De este modo, los profesionales de la salud mental solemos esforzarnos por describir detalladamente la psicopatología de guerra, con la intención de contribuir al esfuerzo de evitarla o eliminarla. Movidos por este afán es frecuente que al detallar los efectos de la guerra caigamos en generalizaciones y simplificaciones, especialmente cuando nos referimos a la infancia. La fundamental de todas ellas es la suposición de que todos los trastornos psíquicos detectados en tiempo de guerra tiene una etiología bélica, cosa que no es del todo cierta.

Quien haya conocido desde dentro un conflicto armado sabe que la relación guerra-trastorno psíquico no es mecánica sino que está mediada por multitud de factores, entre los que los hechos bélicos más evidentes como los bombardeos y los combates no constituyen el fenómeno fundamental. Son las separaciones afectivas y la elaboración de las experiencias vividas en el seno de la familia y la comunidad, los elementos mediadores básicos que determinan la frontera entre un niño psicológicamente sano, de lo que suele definirse como un traumatizado de guerra.

No existe unanimidad a la hora de definir el tipo de trastornos psicológicos característicos de la guerra en la infancia. La dificultad en el acuerdo se produce cuando se pretende reducir a categoría unívocas dos realidades complejas, como la guerra y la infancia, que reúnen múltiples dimensiones diferenciadoras. Al decir que la guerra produce en los niños tal o cual efecto, es preciso especificar a qué guerra y a qué tipo de niños nos estamos refiriendo. En las próximas líneas trataré de sintetizar algunos de los efectos que he podido verificar en algunos de los cuatrocientos niños nicaragüenses que entrevisté en zonas de guerra de Nicaragua y en los campamentos

de la «contra» en el sur de Honduras mientras duraba el conflicto armado nicaragüense.

La regresión o retroceso a una fase evolutiva anterior, es un efecto relativamente frecuente. Los niños y niñas realizan en ocasiones conductas que ya habían superado hacía tiempo, como orinarse en la cama, chuparse el dedo, balbucear en lugar de hablar, etc. La guerra, especialmente en sus primeros momentos, supone una modificación sustancial del ambiente familiar, social, incluso físico, en el que el niño ha ido aprendiendo las formas de comportamiento más madura. Si estas conductas no estaban muy consolidadas, al cambiar las circunstancias en las que se desarrollaban, el niño vuelve a reproducir hábitos que le suponen menos esfuerzo y en los que siente más seguro.

En tiempo de guerra son mucho más habituales los trastornos referidos a la vida emocional del niño. En cuanto a la intensidad de las emociones, se produce una cierta paradoja. Ante los primeros efectos de la guerra, sobre todo cuando muere alguno de sus familiares, pueden observarse en algunos niños manifestaciones de desbordamiento afectivo: hiperactividad, gritos, espasmos, parálisis funcionales, tics, etc. Sin embargo, con el paso del tiempo se generaliza una insensibilidad emocional que resulta sorprendente. Casi la mitad de los niños nicaragüenses que entrevistamos en las zonas de guerra de Nicaragua y en los refugios de Honduras, habían perdido algún familiar como consecuencia de la guerra. Muchos de ellos habían presenciado incluso el asesinato, a veces acompañado de tortura, de sus padres. Cuando les pedíamos que evocaran los hechos, los relataban con una frialdad asombrosa. Esta insensibilidad emocional es uno de los mecanismos defensivos más eficaces ante la permanente activación afectiva a la que se ven sometidos. A la vez explica el reducido porcentaje de niños con trastornos psicológicos graves.

El mantenimiento de situaciones tan propicias al desequilibrio como la muerte, las separaciones afectivas

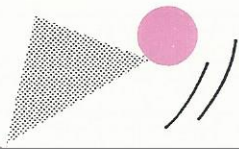
y la destrucción, podrán tener como consecuencia lógica la aparición de determinados tipos de neurosis, o incluso la manifestación de brotes psicóticos. Así sucede en algunos casos, sin embargo es más frecuente la insensibilidad emocional, que aunque debe ser entendida también como un trastorno, representa un mecanismo adaptativo de primer orden para el niño.

Tanto en la población infantil como en la adulta, la guerra genera dos tipos de sentimientos que pueden producir consecuencias patológicas. El miedo es el primero de ellos. Sentimos miedo ante una amenaza precisa. Tememos la llegada de los aviones militares o la activación de una mina en una zona de combate. La intensidad del temor guarda cierta relación con la naturaleza de la amenaza. La ansiedad, por el contrario, es un sentimiento vital que implica un malestar generalizado, pero que no es atribuible a un objeto o situación precisa, sino más bien a un proceso o circunstancia que el individuo no controla, desconoce, o ante la que no sabe cómo actuar o qué pensar.

En tiempo de guerra las consecuencias de ambos sentimientos son evidentes. Mientras que ante el miedo pueden darse conductas de evitación y prevención que lo mitigan (construcción de refugios, sistemas de vigilancia, etc), es decir, conductas activas que permiten, si no superarlo, sí al menos afrontarlo; la ansiedad, y más aún el proceso posterior de angustia con que va a menudo asociada, provoca una alteración de ánimo cuya permanencia degenera en tensiones paralizadoras, que muy frecuentemente se manifiestan a través de dolencias físicas. Estos problemas psico-somáticos se han detectado en caso todas las guerras. Los más frecuentemente

Aunque se trate de casos excepcionales, la guerra puede provocar o intensificar trastornos importantes en el pensamiento infantil. La creación de mundos imaginarios a través de las fantasías, es un elemento necesario para el desarrollo de los niños, ya que permiten diferenciar lo real de lo imaginado. Por muy malvados y crueles que sean las brujas o los monstruos de los cuentos, al acabar felizmente el relato, el niño vuelve a sumergirse en la realidad cotidiana donde puede sentirse seguro, ya que no hay brujas ni monstruos. En tiempo de guerra las bucólicas fábulas se transforman en rumores sobre terribles maldades cometidas por el enemigo. A diferencia de los tiempos de paz, la frontera entre la maldad imaginada y la tragedia real, se disipa en algunas ocasiones y el niño vive experiencias terribles como el asesinato de sus familiares o la destrucción de su hogar. La mayor parte de los niños, tras un período de negación de la realidad, superan el impacto producido por la muerte y la destrucción. Sin embargo algunos pueden perder la capacidad de diferenciar entre lo real y lo imaginado y sumergirse, por largos períodos, en conductas autistas o en síndromes esquizoides.

Sería reduccionista terminar este breve artículo con esta somera descripción de los trastornos psicológicos más habituales en tiempo de guerra, todos ellos descritos desde la perspectiva del individuo aislado, desde el niño como paciente. La guerra genera una patología social, es más, la guerra es en sí una patología social que modifica radicalmente las condiciones de vida del país que la sufre. Por encima de los trastornos más o menos transitorios, con mejor o peor diagnóstico clínico, todas las circunstancias que acarrea la guerra, como la muerte o reclutamiento



BOLETIN

DE LA SOCIEDAD MADRILEÑA